

Prólogo

POLVO SAGRADO

Soledad, agua, frío y viento,... y ¡una vena! Estos serán los compañeros del peregrino del Camino de Santiago... Pero ¿qué es exactamente esta senda que lleva a una ciudad gallega? ¿Hay una sola? ¿Por qué es sagrado el polvo que va dejando invariablemente en los pies de los caminantes y



La subida al monte Irago, entrando al Bierzo leonés, uno de los tramos más duros del Camino.

desde cuándo?... Son preguntas a las que habrá que responder para entender su verdadero significado.

Su actual denominación empezó a aplicarse en la Edad Media, coincidiendo con el comienzo de las peregrinaciones a Santiago de Compostela, pero debemos viajar hacia atrás en el tiempo.

Es posible que los primeros pobladores, de los que no conocemos casi nada, llegaran en el paleolítico inferior por el sur, y se asentaran en las cuencas fluviales. Las primeras evidencias de ritos mágicos aparecen muchísimos años después, en el paleolítico superior, relacionadas con trazas de ocre y manganeso. La evolución de los grupos entre el año 8000 y 4000 a.C. nos sitúa en el neolítico, con la población dividida en dos grupos: los que ocupaban la franja costera y vivían de la explotación del mar, y los que en el interior desarrollaban la agricultura y la ganadería. En el calcolítico (2500-1800), ya se registra el uso de *mamoas* (del latín *mamula*, pecho femenino), inhumaciones en túmulos cupulares de tierra contruidos sobre un esqueleto de piedra llamado *dolmen*, *anta* o *arca*, que es lo único que queda hoy en la mayoría de los casos. En ellas han aparecido restos de cerámica campaniforme y evidencias del empleo de la metalurgia, incluso labores de orfebrería.

Durante el bronce (1800-500), se consolida una cultura que trabaja bien los metales e incorpora ritos funerarios que cumplen también una función social de jerarquización, a juzgar por la aparición de la cista como enterramiento individual y la incorporación de ajuares de distinta composición según la riqueza del difunto. Existe ya una creencia generalizada en la vida de ultratumba y una religión chamánica naturalista que tiene como ejes al sol, la caza y la guerra. Por entonces empezarían a llegar las primeras oleadas de peregrinos-invasores indoeuropeos. Su avanzadilla fue la *cultura de los campos de urnas*, seguida por la de otros pueblos indoeuropeos, unos pertenecientes al ámbito celta y otros, a los que se llamó íberos, cuyo origen no está claro aún. Los autóctonos, llamados *Oestrymnios*, fueron expulsados para dar lugar al comienzo de la cultura castreña.

Hemos dicho bien, se trata de invasores, pero también de peregrinos, o sea «aquellos que andan por tierra extraña». Iban guiados en su camino hasta el «fin de las tierras», que limita con el «principio de las aguas», por una especie de serpiente bífida que surca el suelo nocturno: la *Vía Láctea*, lo que se ve de nuestra galaxia. La senda en el suelo quedaba trazada por la del cielo. En esencia la luz que brilla en la oscuridad.

Dice la leyenda que los *Saefes* recién llegados fueron una invasión de serpientes (en griego *sae-pes*). Desde luego, gran parte de sus cultos eran ofiliátricos, puesto que el gran ofidio que tenía su imagen en el cielo nocturno, era un ser sagrado, como sagradas eran las manifestaciones energéticas de la tierra a las que llamaron *wouivres*, sobre las que construyeron la mayoría de los santuarios que nos permiten presumir como era su rica vida anímica.

Su sistema de creencias religiosas estaba constituido por conceptos mágico-empíricos que el diccionario define como paganos, o sea, idólatras y politeístas. Sin embargo, esto no es más que una simplificación elaborada por las religiones monoteístas posteriores para desprestigiar la espiritualidad de quienes en realidad fueron sus precursores. Porque si profundizamos en los detalles, hay cosas que requieren una reinterpretación sin complejos.

En general, la religión céltica contempla un ser supremo, creador y director de todo, que mora en la cima de las montañas (puesto que el símil altura-espíritu, siempre ha sido asociado con ellas, como, por ejemplo, el Olimpo, residencia de Júpiter-Zeus y otros de la familia). Luego, viene una serie de dioses menores de características titáni-

cas, que se relacionan con las actividades guerreras. Tienen diversos nombres y atribuciones, según cada grupo. Y en una tercera categoría se encuentra una multitud de númenes relacionados con la satisfacción de las necesidades cotidianas, la protección, el éxito y la fortuna. Deidades de los bosques, de las aguas, del ganado, de los senderos, de la noche, etc. En definitiva, una estructura muy parecida a la que representa el trinomio Dios + ángeles (buenos y malos) + santos, pero que tienen distintos nombres, funciones y responsabilidades asignadas.

Estos pueblos construyeron los castros, de los que llenaron las tierras norteñas de lo que se llamó Hispania. Se trata de multitud de enclaves civiles y religiosos donde se practicaban cultos solares. Tierra sagrada pues para las tribus que decidieron terminar allí su migración en busca de su verdadera identidad en el lugar anhelado y buscado.

Para los romanos, Galaecia (Galicia), era el *finis terrae*, el fin del mundo, y hasta allí llegaba una ruta que podría haberse denominado *Callis Ianus*, el Sendero de Jano (dios equiparable al *Lugh* celta), dios de la luz y custodio de los conocimientos secretos de los constructores. Así lo cree el arquitecto don Carlos Sánchez Montaña.